

·PRÓLOGO·

Siguiendo una lógica imponente, Óscar Bribián consigue lo imposible: hacer que lo irracional resulte del todo verosímil, que los crímenes rituales descritos en *El sueño del depredador* se acerquen de forma siniestra a lo cotidiano, a las peores imágenes de un telediario. Así, este escritor, que se mueve como pez en el agua entre el terror y lo policial, nos abandona a nuestra suerte en esa tierra de nadie donde todo está permitido... Por si fuera poco, lo hace a plena luz del día, sin necesitar el cobijo de las sombras y la nocturnidad, algo que no está al alcance de todos los autores.

El punto de partida es sencillo, aunque llama la atención, y podría ser cualquier recorte de un periódico, una de esas noticias que vemos de refilón en algún diario *online* y que damos por imposibles, más que nada porque es una de esas noticias que pronto se olvidará, sobre la que nadie pedirá explicaciones posteriores. Los miembros de una banda de rumanos son detenidos cuando conducen un vehículo en cuyo maletero hay dos cerdos muertos, cerdos inidentificables ya que les han arrancado las orejas, donde están sus distintivos... Una pareja de policías, Santiago Herrera y Laura Beltrán, irán pelando capas de la cebolla, y no tardarán en encontrar el primer cadáver, aparentemente fallecido en medio de un ritual sexual de dominación, acompañado además de unos versos malditos.

Los extensos e intensos conocimientos de Bribián acerca de las complejidades del trabajo policial hacen que *El sueño del depredador* crezca y triunfe en los pequeños matices: el aislamiento voluntario de los investigadores, su creciente obsesión por el trabajo, cierto abandono en sus vidas privadas... Por momentos, y por sacar a colación aquella serie televisiva que veíamos hace ya un cuarto de siglo, me da

por pensar que se trata de una *Canción triste de Zaragoza* en la que apenas quedó rastro de humor...

En efecto, el hecho de que los protagonistas sean los policías no debería pasarse por alto, menos aún en un país como el nuestro, tan dado a la picaresca, donde tradicionalmente se ha visto a las fuerzas de seguridad de forma hostil. No pretende Bribián dar un barniz de heroicidad a sus personajes, en absoluto; de hecho, en más de un momento muestran puntos débiles, comportamientos contradictorios... Por eso mismo resultan tan cercanos y nos dejan indefensos ante sus vicisitudes.

Llama mucho la atención que desde una perspectiva tan anclada en lo cotidiano, *El sueño del depredador* se decante por profundizar en personajes literalmente indescriptibles, de esos que no quisiéramos conocer jamás, en primer lugar porque no seríamos capaces de comprenderlos. Da la impresión de que Óscar Bribián ha optado por un registro próximo al periodismo para finalmente llevarnos mucho más lejos de lo que habíamos pensado, en una trama que reúne a Lovecraft con los poetas malditos, los rituales más sádicos con la creación y elucubración literaria. ¿Recordáis al que dijo que las palabras matan?

Y ya que hablamos de literatura, diré que para resultar convincente en la ficción, el caos ha de estar completamente ordenado y planificado. Así imagino a Bribián mientras concebía esta novela, preocupado hasta por los más insignificantes detalles, procurando ser convincente hasta el final. Hablando de finales, ¿podrán los protagonistas de esta novela volver a sus rutinas grises después de ver todo lo que les espera? A vosotros os corresponde el placer de encontrar la respuesta.

David G. Panadero,
director de la colección Off Versátil.

«ES UN DIOS ESCALOFRIANTE, UN DIOS DE LAS SOMBRAS
EL QUE SE ELEVA HASTA EL VASO DESDE SUS NEGRAS
PROFUNDIDADES.

EN LA VENTANA, LOS NONATOS, LOS NO HECHOS
SE CONGREGAN CON LA LEVE PALIDEZ DE LAS POLILLAS,
CON UNA ENVIDIOSA FOSFORESCENCIA EN SUS ALAS.
LOS BERMELLONES, LOS BRONCES, LOS COLORES DEL SOL
QUE FULGEN EN LA CHIMENEA NO LOS CONSOLARÁN DEL TODO.
IMAGINO SU PROFUNDA ANSIA, PROFUNDA COMO LA OSCURIDAD,
POR EL CALOR DE LA SANGRE QUE ELLOS BIEN PODRÍAN PONER
AL ROJO VIVO O RECLAMAR.
LA BOCA DE CRISTAL SUCCIONA EL CALOR DE LA SANGRE DE MI
DEDO ÍNDICE.»

Sylvia Plath, *OUIJA*

A Ismael le gustaba retorcer cosas mientras recitaba con un hilo de voz historias prohibidas.

El tedio de las asignaturas del último curso de Primaria le hacía sumergirse en marismas donde reinaba la soledad. En ellas habitaban roedores que terminaban por ahogarse en el limo, y mosquitos imaginarios que le picaban y hacían que se pellizcase una y otra vez hasta que sus antebrazos enrojecían.

A veces la maestra lo mandaba callar si la letanía perjudicaba la continuidad de la clase. Entonces sus compañeros se giraban hacia él, como movidos por el resorte de una caja de sorpresas, y se burlaban señalándolo con el dedo. Enseñaban sus dientes blancos de nieve, pedazos de hielo que raspar con un punzón. Sus granos pedían a gritos que alguien los hiciera estallar, sus ojos eran pompas de jabón. «Ovejas que algún día pasarán por el matadero y dejarán de balar», pensaba Ismael mientras sentía que el vello de la nuca se le erizaba y contraía los dedos alrededor del bolígrafo, hasta partirlo.

Era febrero y la ola de frío abofeteaba las calles de Zaragoza. No había nubes en el manto nocturno. Una luna como un puñal de marfil parecía haberlas desgarrado y el cierzo había hecho el resto.

Por el tramo urbano de la N-II, dirección centro ciudad, circulaba un Ford Mondeo verde con cuatro ocupantes en su interior. Todavía estaban algo nerviosos tras dar el golpe y sudaban bajo los abrigos. Habían pasado de largo el último desvío que se abría a la derecha, hacia el barrio obrero de Valdefierro, antes de llegar a la rotonda de los Enlaces. Habría resultado una buena escapatoria de haber sabido que al final de la curva abierta destellaban las luces azules de un control policial. Pese a los dos carriles por sentido, el conductor no podía arriesgarse a dar media vuelta. Una persecución, con el sobrepeso que llevaban, no tenía futuro. Sin embargo, aunque sabía del fracaso de aquella acción, algo en su interior le advirtió de que debería dar un volantazo a la izquierda y tirar del freno de mano para girar ciento ochenta grados, atravesar la mediana y esperar un milagro. Pero los segundos que tardó en decidirse le hicieron aproximarse cada vez más al control hasta que le fue inevitable disminuir la velocidad. Bajó las revoluciones del viejo motor de noventa caballos a medida que cuatro corazones palpitaban más rápido dentro del chasis.

El furgón de la Unidad de Apoyo Operativo estaba orillado a la derecha. Había varios agentes desplegados en torno a unas balizas en zigzag. Uniformes oscuros y gorras caladas, fundas para las armas de fuego a la altura de las rodillas y botas de caña alta.

Dos de los policías tenían los brazos cruzados sobre el pecho. El oficial, algo apartado de la calzada, tiró una colilla al arcén y la aplastó con la bota, mientras comunicaba algo

a los demás a través del transmisor. El agente más adelantado, con el rostro embozado por una braga de poliéster, ordenó gestualmente al conductor que detuviera el vehículo. Había observado algo extraño. Se acercó levemente para escrutar con ayuda de una linterna los rostros de los ocupantes. Cuatro hombres montados en un coche con sobrepeso y amplio maletero. Los bajos del eje trasero casi rozaban el asfalto.

—Buenas noches —saludó con gravedad el agente tras conseguir con un ademán que el conductor bajase la ventanilla.

—Buenas noches, agente. —El conductor respondió con marcado acento de Europa del este. Una cicatriz partía transversalmente su labio inferior y descendía hasta la barbilla.

—Pare ahí un momento —señaló el policía hacia el lateral de la calzada, dispuesto a resolver sus sospechas.

El conductor obedeció y orilló el vehículo. Dos policías más se acercaron desde otros ángulos. Caminaban levemente agachados para observar el interior del coche, intentando detectar movimientos extraños. Sostenían las pequeñas linternas de ledes en la mano izquierda, mientras la derecha se situaba sobre la funda del arma, por si hubiera que responder con rapidez. No sería la primera ocasión en que alguien ocultaba un arma de fuego en la guantera o en un falso techo.

Los haces de luz atravesaron el habitáculo. El sudor se reflejaba en los rostros de los ocupantes. Parecían nerviosos.

—Apague el motor —ordenó el primer agente.

—¿Qué?

—Que apagues el motor, coño, ya me has oído.

El conductor frunció el ceño antes de obedecer. Moviéndose despacio la mano derecha y giró la llave de contacto. El Ford dejó de ronronear y los focos que lamían la calzada se apagaron.

—Las manos sobre el volante, por favor.

Unos segundos de silencio. Había poco tráfico a esas horas. Un par de coches más atravesaron el control en zigzag, pero las miradas de casi todo el operativo estaban centradas en el vehículo que iba a ser registrado.

—¿A dónde os dirigís? —preguntó el policía. Con el pulgar encendió y apagó repetidas veces la linterna para que los destellos incomodasen al conductor. Cualquier cretino hijo de papá habría pensado que ese gesto estaba de más, pero el policía sabía que el método era efectivo ante personas que pretendían usar un arma al menor descuido, aunque se tratase de un porcentaje ridículo. No podía confiar en nadie. Quedaba muy próximo el recuerdo del último compañero que, por fiarse, había recibido un balazo en el costado. Una bala podía atravesar una puerta como si fuera mantequilla y no era difícil ocultar un arma bajo las piernas. Ni siquiera era necesario levantar el brazo para cargarse a un poli.

—A trabajar, señor, vamos a trabajar —respondió el hombre, parpadeando ante los molestos destellos.

—¿A dónde? ¿A recoger naranjas a estas horas? —bromeó el policía.

—Vamos a una fábrica —respondió lacónico el copiloto.

—Pues tenéis un turno extraño si vais a empezar ahora la jornada.

El conductor y los ocupantes asintieron nerviosos.

—Dame la documentación. ¿Cómo te llamas?

—Dumitru.

—Dumitru, dame tu documentación y la del coche.

El rumano tendió su documento de identidad. «Dumitru Lasvari Cristi, nacido en 1975 en Rumanía», leyó el agente. Después comprobó que los papeles del vehículo figuraban a su nombre.

—Sal del vehículo —ordenó—. Los demás, quedaos donde estáis en los asientos.

El conductor abrió despacio la puerta y posó los pies en el suelo del arcén con incertidumbre.

—¿Qué lleváis en el maletero? ¿Lingotes de plomo?

—Solo maletas —respondió Dumitru con expresión huidiza.

—¿Maletas para ir a trabajar a una fábrica? —bromeó el policía—. Vamos, ven aquí. Quiero que abras el maletero, y lo vas a hacer muy despacio, sin tonterías, o te comerás una hostia.

—Claro, señor, no problema, no problema —respondió Dumitru.

Con gesto abatido, Dumitru abrió el maletero despacio y después se apartó un par de pasos hacia atrás. El sarcófago encerraba varios mazos de hierro, una bombona de butano, un quemador, una manguera, unas tenazas y una lima, entre otros objetos. También dos cuerpos enormes y bañados en sangre.

Dos cerdos de ciento cincuenta kilos.

Ismael recordó que al principio las encerraba en tarros de cristal totalmente sellados, pero cuando una vez encontró sus quebradizos esqueletos, como de papel, bajo la cama, comprendió que también ellas necesitaban respirar. Así que en ese momento llevaba en el bolsillo de su cazadora un tarro con la tapa agujereada que bullía de hormigas rojas. Un ejército con el que disfrutar de una auténtica batalla en el patio del colegio.

Ante el silbido, el niño de mirada perdida dirigió por un momento la atención hacia el fotógrafo, sin ningún entusiasmo. A su lado, sus compañeros se revolvían como las hormigas del tarro: entre pellizcos, tirones de pelo y manos que simulaban inocentes cornamentas. Estaban colocados de mayor a menor altura en tres hileras de bancos para la foto oficial del colegio. La tutora apenas podía contener la algarabía amenazándoles con llevarles ante el jefe de estudios. Pero Ismael permanecía quieto, absorto en los colores que descendían de las copas de los árboles como blandos copos de nieve y empezaban a arremolinarse alrededor de los zapatos del fotógrafo para después convertirse en enjambres negros y voraces. Le gustaría que los colores atacasen a sus compañeros y a la profesora, pero siempre terminaban por evaporarse.

El fotógrafo dio el «ok» tras el chasquido de la cámara y los alumnos bajaron de los bancos para terminar de aprovechar la media hora de descanso. Algunos rebuscaron en los bolsillos para encontrar la moneda con que comprar un bollo en la máquina de la cafetería. Otros regresaron al campo de fútbol para jugar la revancha y, unos pocos, los que en su mayor parte tendrían problemas para terminar la educación básica, se dedicaban a extorsionar a cuantos compañeros aventajaban en masa corporal.

Ismael, en cambio, se dirigió en solitario hacia el lado oeste del colegio, allí donde proliferaban los hormigueros en un espacio de tierra sin cementar. «Ya no tienes edad para jugar a esas cosas», le recriminaba su madre cada vez que encontraba un tarro de insectos escondido en su dormitorio. Él sabía que ella se desesperaba cada vez que recordaba el momento en que descubrió que su hijo se entretenía en descuartizar insectos para crear animales nuevos a partir de un montón de miembros y cabezas cercenadas. Pero, pese a las broncas y los castigos, Ismael seguía teniendo la misma necesidad imperiosa de aplastar y descuartizar a otros seres diminutos. A medida que se acercaba a los hormigueros sentía un excitante cosquilleo en la boca del estómago. Cuando vislumbró los finos hilos de caravanas negras transportando comida hacia los agujeros, la inquietud se transformó en ansiedad. Se arrodilló junto a un embotellamiento provocado por la entrada masiva de cáscaras de pipas y migas de pan en el orificio. Extrajo del bolsillo de su cazadora el tarro con hormigas, lo abrió y, antes de que las rojas guerreras comenzasen a rebosar por el borde, lo volcó en la tierra atrapando en la nueva cúpula a unas cuantas obreras negras que se debatían en vano por escapar. Ismael percibió una precoz erección en su entrepierna a medida que disfrutaba de la carnicería. Cuando su peculiar ejército rojo hubo devorado a todas las obreras cercadas, decidió levantar el tarro para permitir que los soldados causasen el caos en el resto de la caravana.

Un compañero de clase se le acercó en ese momento, agujoneado por la curiosidad que producen los solitarios.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Demostrando la teoría del Darwinismo —explicó Ismael—. Hay que enfrentar a todas las especies entre sí para ver cuál es más fuerte y cuál se extinguiría en caso de que ambas compartieran el mismo espacio.

Ismael tenía once años y se pasaba las horas muertas en

internet, cuando no estaba leyendo en la biblioteca pública o entretenido en sus experimentos.

—Darwinismo —repitió para sí mismo mientras observaba la matanza.

—¡Cómo mola! —exclamó su compañero, asomando por detrás de su espalda.

—¡Lárgate! —gritó Ismael, propinándole un codazo en el pecho.

Impresionado por la reacción, el chaval se esfumó mientras se masajeaba con una mano el pecho magullado.

Ismael no perdía atención. Transcurrieron varios minutos hasta que por fin acudieron los refuerzos desde el hormiguero. Un manto negro cubrió poco a poco a los soldados rojos, que cayeron después de dejar atrás numerosas víctimas. El chico había comenzado a enfurecerse a medida que veía la batalla perdida. Por eso, cuando entendió que no había remedio para su ejército, se levantó y pisoteó con furia, una y otra vez, esa porción de tierra del patio, provocando una ligera polvareda que fue arrastrada por el viento. Después no pudo reprimir sus ansias de venganza y comenzó a horadar el suelo con las manos como si fuera un jabalí, hasta que descubrió el escondite de la gran faraona, la reina de la colonia, grande como una avispa y con el abdomen hinchado cual perla de ámbar. La atravesó una y otra vez con un punzón que había hurtado en la clase de Plástica. Luego decidió agujinear cada una de las larvas que encontró en las cámaras subterráneas, sentenciando al hormiguero a no tener descendencia. A medida que la aguja perforaba los blandos cuerpos, sentía una creciente erección que le oprimía en los pantalones. Se veía como un dios capaz de decidir el futuro de las ciudades. Solo la campana de regreso a las clases le hizo abandonar.